

PIONEROS DE LA PATAGONIA

HÉCTOR L. FASANO (*)

Nuestra Patagonia, calificada por Darwin (1834) como la (...) *Tierra Maldita donde la esterilidad se extiende como una verdadera maldición* (...), se convirtió para Moreno en un objetivo fundamental de su accionar. Así se expresaba al respecto: (...) *es necesario conocer esos territorios hasta sus últimos rincones y convencer con pruebas irrecusables a los incrédulos y a los apáticos del gran factor que para nuestra grandeza sería la Patagonia apreciada en su justo valor.*

Mucho antes que Moreno, a principios del siglo XVI, la Patagonia comenzó a despertar el interés del viejo mundo. A ello contribuyeron, sin duda, relatos fantásticos difundidos por Europa, que hablaban de tesoros fabulosos existentes en ella. Estas noticias estimularon la codicia de hombres osados que patrocinados por reyes deseosos de extender sus dominios, no vacilaron en asumir el riesgo de emprender su colonización. Decenas de naves comenzaron a recorrer las costas de nuestra Patagonia, y sus tripulantes desembarcaron para hacer un reconocimiento de estas tierras.

El primer viaje a tan lejano continente, patrocinado por el rey de España don Carlos de Austria, fue realizado por el navegante portugués Fernando

de Magallanes. La expedición que zarpó de San Lucas de Barrameda el 20 de septiembre de 1519, llegó a lo que hoy se conoce como puerto de San Julián el 31 de marzo de 1520. Posteriormente, más al sur, descubrió el río que llamó Santa Cruz y el Cabo de las Vírgenes, así bautizado por él. El 1° de noviembre de 1520 penetró en el estrecho que hoy lleva su nombre. Después de recorrer las aguas del Atlántico Sur, navegó por el Pacífico y llegó a las Filipinas, donde fue muerto por los nativos.

Juan Sebastián de Elcano, su segundo, continuó el viaje y arribó a España el 7 de noviembre de 1522 con la carabela *Victoria*, y tan sólo 17 tripulantes a bordo, de los 237 embarcados en cuatro naves.

El conocimiento en Europa de tan extraordinario acontecimiento exaltó la sed de aventuras de los navegantes. Fue así que durante el siglo XVI y los siguientes XVII, XVIII y XIX prosiguieron, sin solución de continuidad, los viajes que posibilitaron un mejor conocimiento de los mares del sur y de la geografía de las tierras patagónicas, incluida la llamada Tierra del Fuego.

La historia de las expediciones de los primeros siglos reviste un carácter dramático; el motor impulsor fue la ambición, la búsqueda de la Ciudad de los Césares y de sus riquezas. Las pasiones y los celos, junto con la resistencia de los nativos que querían vengar la usurpación de sus tierras, dieron lugar a horrendos crímenes.

Historias crueles, divulgadas

por los pocos sobrevivientes llegados a España, provocaron la preocupación de sus autoridades que para detener la prosecución de estos actos de barbarie, decidieron enviar misiones religiosas a la Patagonia. Y en la segunda década del siglo XVI llegaron los jesuitas primero y los franciscanos después, dispuestos a evangelizar a los nativos y evitar sus matanzas.

En este mismo siglo –el XVI– se destacan las expediciones encabezadas por los españoles fray Jofré de Loayza y Pedro Sarmiento de Gamboa, y las de los corsarios ingleses Francis Drake y Tomás Cavendish.

En el siglo XVII fueron muchas las expediciones que llegaron a la Patagonia: entre ellas las de Hernando Arias de Saavedra y de Gerónimo Luis Cabrera. Y a partir de 1620 arribaron las primeras misiones jesuíticas: Diego de Rosales (1653) y Miguel de Olivares (1686). En 1670 el jesuita Nicolás Mascardi, alcanzó el lago Nahuel Huapi donde estableció una misión que se mantuvo hasta 1717. Otro jesuita destacado fue el inglés Tomás Falkner, que escribió su libro *Descripción de la Patagonia y de las partes adyacentes de la América meridional*, aparecido en Londres en 1774.

Este libro tuvo una repercusión notable, y llamó la atención del mundo civilizado hacia esa tierra ignota, cuna de gigantes creados por la imaginación de viajeros fantasistas, que escondía tesoros y riquezas incalculables en la maravillosa Ciudad de los Césares.

Las consideraciones políticas expuestas por Falkner en su libro inquietaron mucho a los reyes de España, ya que se interpretaron como amagos de la conquista de la Patagonia por

Inglaterra. Una parte del libro donde se decía (...) *si alguna nación intentara poblar este país (se refiere a nuestra Patagonia) podría causar un perpetuo sobresalto a los españoles, por razón de que desde aquí se podría enviar navíos al mar del Sur, y destruir en él todos sus puertos antes que tal cosa se supiera en España, ni aún en Buenos Aires (...)*, provocó la inmediata reacción del gobierno español.

La corona de España (reinaba entonces Carlos III), temerosa y preocupada, comenzó por hacer llegar al virrey del Río de la Plata, el 8 de julio de 1778, las reales instrucciones para el establecimiento de “(...) fuertes y poblaciones en las costas del mar Atlántico hasta el estrecho de Magallanes, para asegurar al trono el dominio de tan dilatadas regiones (...)”.

Y en agosto de 1778 llegó a Buenos Aires una escuadrilla compuesta por cuatro buques y algunas embarcaciones menores, tripuladas por 114 hombres de tropa y su respectiva dotación de oficiales, entre ellos el Comisario superintendente Juan de la Piedra, los hermanos Antonio y Francisco de Biedma, y Basilio Villarino, para “(...) establecer posiciones y fuertes en parajes de la costa oriental llamada Patagonia que corre desde el río de la Plata hasta el estrecho de Magallanes.”

Don Francisco de Biedma fue el fundador del Fuerte de Carmen de Patagones el 2 de octubre de 1779; Basilio Villarino explorador de los ríos Negro, Limay y Colorado, realizó planos y aportó valiosos datos geográficos. Este notable piloto español fue muerto en un violento combate contra los indios en 1784, cerca de Sierra de la Ventana.

Otra expedición, la de

Alessandro Malaspina en 1789, fue la primera de carácter científico enviada por los españoles, constituida por dos naves equipadas con el mejor instrumental de la época, y con personal seleccionado. A lo largo de su paso por la costa patagónica, realizó una importante labor cartográfica.

Llegamos a la Revolución de Mayo; sus hombres tenían el convencimiento de que la Patagonia era importante para el futuro desarrollo del país. La primera expedición, realizada por el coronel Pedro García, elaboró un informe aconsejando la incorporación de estas tierras al dominio nacional.

Durante el siglo XIX y los primeros años del XX, se produjo un cambio radical en cuanto a la naturaleza de las exploraciones en la Patagonia: terminó prácticamente una etapa –la de los aventureros en busca de riquezas– y comenzó otra muy distinta: la de los científicos, estudiosos de la geografía de la región, de su flora, su fauna y su geología, así como de sus riquezas paleontológicas.

Entre las primeras expediciones llegadas de Europa merece destacarse la segunda emprendida por el capitán inglés Roberto Fitz Roy (1832-1835), a bordo del *Beagle*, de cuya tripulación formaba parte un joven naturalista inglés, Carlos Darwin, quien realizó interesantes observaciones sobre la flora y la fauna de la Patagonia, y de otras regiones del país, condensadas en su famoso libro *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Cabe recordar que el capitán Fitz Roy, a bordo de tres balleneras y acompañado por Darwin, en abril de 1834 remontó el río Santa Cruz, empresa que se vio obligado a abandonar por la inle-

mencia del tiempo, cuando le faltaba muy poco para llegar a las nacientes del río, el lago Argentino, así bautizado por Moreno el 15 de febrero de 1877.

A principios del siglo XIX el geógrafo y naturalista alemán Friedrich H.A. Humboldt, acompañado por el naturalista francés Aimé Bonpland, recorrió gran parte de América del Sur realizando notables estudios sobre su geografía, flora y fauna.

Otro viaje que tuvo notable repercusión –Moreno lo cita mucho en sus escritos– fue el del capitán inglés Jorge Musters quien, entre 1869 y 1870 y a lo largo de casi un año, recorrió 2700 km, desde la desembocadura del río Santa Cruz hasta Carmen de Patagones, acompañado por indios tehuelches, con los cuales convivió en forma respetuosa y también amistosa. Las experiencias vividas, que mucho contribu-

yeron al conocimiento de nuestra Patagonia, quedaron documentadas en el libro publicado en Londres en 1871, titulado *At home with the Patagonians*, traducido al español con el título *Vida entre los patagones* de George Chaworth Musters.

En el siglo XIX la Patagonia comenzó a despertar la atención de muchos argentinos, convencidos de la importancia que tendría la incorporación de estas desconocidas tierras al patrimonio nacional. Para ello, pensaron, se imponía realizar su reconocimiento y los estudios científicos más amplios posibles sobre su geografía, su flora y su fauna. En forma paralela contemplar el aspecto político y social, que demandaba el establecimiento de puertos y poblaciones.

El Perito Moreno, cuya vida y obra ha sido expuesta en esta revista MUSEO a lo largo de

quince notas, fue quien inició el camino de las exploraciones y estudios. Siguiéron sus pasos el capitán Carlos María Moyano (1854-1910), amigo y compañero en algunas de sus exploraciones; el coronel Jorge Luis Fontana (1846-1920); el científico Ramón Lista (1856-1897) y el científico, explorador y colono Julio Germán Koslowsky–de quien se



Colegio de Abogados de la Provincia de Buenos Aires

UNA LECCION DE VIDA

A punto de cumplir 56 años de existencia, el Colegio de Abogados de la Provincia de Buenos Aires prosigue su trayectoria rutilante al servicio de la sociedad, en procura de consolidar el principio señero de acceso a la justicia, como medio de alcanzar la paz social y la plena vigencia del Estado de Derecho.

Lejanos parece los primeros tiempos, luego del nacimiento de la ley 5177, pero a medida que el calendario consume nuevas etapas, resaltan cada vez con más brillo las figuras representativas que dieron vida a la estructura de la institución, convirtiéndose en cancerberos de un patrimonio que continúa siendo más moral que material. Viene a la memoria el recuerdo de Enrique V. Galli, Amílcar A. Mercader, Ceferino P. Merbilhaa, Sixto F. Ricci, Pedro Sáenz, Juan D. Ramírez Gronda, Félix A. Collado, Juan Luciano, Pedro A. Verde Tello, Tomás S. Ide, Félix Trigo Viera, José Ernesto Rozas, Raúl S. Caro Betelú, Atilio Roncoroni, Adriano Rauschert, Carlos Monzani, P. Rafael Peñoñori, Francisco Tristán Rossi, Adhemar H. Bricchi, Mario F. Monacelli Erquiaga y muchos otros que, desde el anonimato, contribuyeron a fortalecer los cimientos de la entidad colegial.

Dentro de la multiplicidad de esfuerzos que el cotidiano devenir exige a la nueva dirigencia, queda margen –nobleza obliga– de exaltar el ejemplo de quienes brindaron lo mejor de sí en beneficio de la creación inspirada en el proyecto del insigne César A. Bustos. Tal refloreamiento de virtudes se compatibiliza plenamente con los principios que constituyen, en definitiva, una verdadera lección de vida.

Calle 14 N° 747, esq. 47 • 1900 La Plata • Tel./Fax: (0221) 423-1530 / 423-0619
e-mail: colproba@netverk.com.ar
